

sentimiento que parece que va envuelto en la misma sensación física y que en algún modo la depura y realza; ni aquella otra aspiración inefable que se pierde en vagos ensueños y cavilaciones para acabar las más veces por sensibilizar lo espiritual en vez de espiritualizar lo sensible, tienen cuna ni progenie en España. Ni la musa de Tibulo y Propercio, ni mucho menos la de Lamartine, son las nuestras. Aquí la llama de amor viva la han tenido los místicos: el sublime amor de Dios ha triunfado en nuestro arte de todos los amores terrenos, y la expresión del dolor individual ha parecido pequeña cosa ante el misterio de la muerte. Si por sentimiento elegíaco se entiende tan sólo el que personalmente aflige al poeta, secundario es sin duda en las coplas de Jorge Manrique; pero la misma sobriedad con que el autor hirió esta cuerda; aquella especie de pudor filosófico y señoril con que reprime sus lágrimas y anega su propio dolor en el dolor humano (*«sunt lachrymae rerum»*), ¿no es quizá la mayor belleza de la composición? ¿no pertenece á un género superior de elegía? ¿no es lo que da eternidad á estas coplas y las convierte en un doctrinal de cristiana filosofía? ¿Qué es lo que más se admira en las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, cuyo recuerdo es imposible evitar aquí: el rendimiento póstumo del cortesano, más ó menos deslumbrado por las grandezas de sus señores, ó las lecciones del obispo enfrente de las tumbas entreabiertas?

Digno, dignísimo era de cualquier lamentación elegíaca, y principalmente de la de su hijo, en cuyo corazón debió de dejar tan gran soledad con su ausencia, aquel Maestre D. Rodrigo Manrique, vencedor en veinticuatro batallas, y para cuyo panegírico no es menester acudir á las cuarenta páginas en folio en que el historiador de la casa de Lara recopiló sus altos hechos, bastando para el caso con la breve y elegante semblanza que en sus *Claros varones* le dedica Hernando del Pulgar, y de la cual conviene trasladar al-

gunos rasgos, como necesaria ilustración histórica de los versos de su hijo:

«D. Rodrigo Manrique, Conde de Paredes é Maestre de Santiago, fijo segundo de Pedro Manrique, Adelantado mayor del reino de León, fué hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la composición de sus miembros; los cabellos tenía rojos, é la nariz un poco larga... En los actos que facia en su menor edad pareció ser inclinado al oficio de la Caballería. Tomó hábito é orden de Santiago, é fué Comendador de Segura, que es cercana á la tierra de los moros; y estando por frontero en aquella su encomienda, fizo muchas entradas en la tierra de los moros... Este varón gozó de dos singulares virtudes: de laprudencia, conociendo los tiempos, los lugares, las personas é las otras cosas que en la guerra conviene que sepa el buen capitán. Fué asimesmo dotado de la virtud de la fortaleza; no por aquellas vías en que se muestran fuertes los que fingida é no verdaderamente lo son; mas así por su buena composición natural, como por los muchos actos que fizo en el exercicio de las armas, asentó tan perfectamente en su ánimo el hábito de la fortaleza, que se deleytaba cuando le ocurría lugar en que la debiese exercitar. Esperaba con buen esfuerzo los peligros, é acometía las fazañas con grande osadía, é ningún trabajo de guerra á él ni á los suyos era nuevo. Pre-ciábase mucho que sus criados fuesen dispuestos para las armas. Su plática con ellos era la manera del defender é del ofender al enemigo, é ni se decía ni facia en su casa acto ninguno de nobleza, enemiga del oficio de las armas. Quería que todos los de su compañía fuesen escogidos para aquel exercicio, é no convenia á ninguno dexar en su casa si en él fuese conocido punto de cobardía: é si alguno venia á ella que no fuese dispuesto para el uso de las armas, el grand exercicio que avia é veia en los otros, le facia hábile é diestro en ellas. En las batallas, é

»muchos encuentros que ovo con Moros é con Chris-  
 »tianos, este Caballero fué el que mostrando grand  
 »esfuerzo á los suyos, feria primero en los contrarios:  
 »é las gentes de su compañía, visto el esfuerzo de este  
 »su capitán, todos lo seguían é cobraban osadía de  
 »pelear. Tenía tan grand conoscimiento de las cosas  
 »del campo, é proveíalas en tal manera, que donde  
 »fué él principal capitán nunca puso su gente en lu-  
 »gar dó se oviese de retraer: porque volver las espal-  
 »das al enemigo era tan ageno de su ánimo, que ele-  
 »gía antes rescibir la muerte peleando que salvar la  
 »vida huyendo... En el reyno de Granada el nombre  
 »de Rodrigo Manrique fué mucho tiempo á los moros  
 »gran terror... Venció más con el esfuerzo de su áni-  
 »mo que con el número de su gente... Toda la mayor  
 »parte de su vida trabajó en guerras y en fechos de  
 »armas. Fablaba muy bien, é deleytábase en recontar  
 »los casos que le acaescían en las guerras. Usaba de  
 »tanta liberalidad, que no bastaba su renta á sus gas-  
 »tos; ni le bastara si muy grandes rentas é tesoros  
 »toviera, según la continuación que tovo en las gue-  
 »rras. Era varón de altos pensamientos, é inclinado á  
 »cometer grandes é peligrosas fazañas, é no podía su-  
 »frir cosa que le pareciese no sufridera, é desta con-  
 »dición se le siguieron grandes peligros é molestias.»

Tal fué el héroe que con su muerte dió ocasión á la  
 más bella poesía del Parnaso Castellano de la Edad  
 Media. Y decimos *ocasión* y no *argumento*, porque como  
 advierte discretamente uno de sus glosadores en el  
 siglo XVI (1), «la vida y muerte del Maestre está re-  
 »ferida á otro fin más principal, que es el menospre-  
 »cio de las cosas desta vida, caducas y breves, el amor  
 »de las celestiales, firmes y para siempre duraderas.

(1) Vid. el prólogo de Alonso de Calleja al frente de la glo-  
 sa del Cartujo Fray Rodrigo de Valdepeñas.

»Aplica á este propósito, qué es el mundo y la vida  
 »humana, qué son los deleytes y placeres: pinta las  
 »honras, hermosura, fuerzas, riquezas, estados, noble-  
 »za y todos los demás bienes, así de naturaleza como  
 »de fortuna, coligiendo estar sujetos á la mudanza y  
 »fin de las cosas. Todo esto debuxado con evidentes  
 »comparaciones y exemplos de Reyes y Grandes Se-  
 »ñores... En dibuxar el discurso de nuestra vida y to-  
 »das las más cosas con tanta brevedad y tan descu-  
 »bierta demostración, parece cierto haber excedido  
 »muy mucho al retablo de la vida humana, que hizo  
 »aquel excelente varón Cebes. ¿Qué diré de las figu-  
 »ras y exornaciones, que como piedras preciosas res-  
 »plandecen en todas las coplas? ¿Qué del género de  
 »troba tan conforme á la materia y tan süave?»

Pero esta poesía tan unánimemente admirada, este  
 amplio y majestuoso desarrollo de los grandes y eter-  
 namente eficaces lugares comunes sobre la muerte,  
 ¿hasta qué punto puede ser considerada como origi-  
 nal? La cuestión es más compleja de lo que á pri-  
 mera vista se imaginaria, y no es de las que pueden  
 resolverse fácilmente y con una sola palabra. Es  
 claro que la originalidad no puede referirse aquí al  
 fondo de la composición, que por ser tan verdadero  
 y tan universal y tan humano, no es de los que perte-  
 necen á ningún autor particular. Que las grandezas  
 mundanas son caducas y frágiles, que la muerte iguala  
 á grandes y pequeños, que la vida corre tan á prisa  
 como un sueño, son verdades inconcusas, que están  
 al alcance de todo el mundo, y que sólo pueden valer  
 en poesía por la manera de decirlas y por la intensi-  
 dad de sentimiento con que se digan. Se trata aquí  
 puramente de la forma artística, tomada en su acep-  
 ción más lata, esto es, abarcando el plan de la com-  
 posición, el encadenamiento de las sentencias, y las  
 imágenes y los colores con que el poeta ha acertado  
 á revestir estos conceptos elementales de filosofía mo-  
 ral. Lo que importa es precisar hasta qué punto fué

original Jorge Manrique en cada uno de estos particulares.

Ante todo, comencemos por descartar una brillante paradoja que con su grande ingenio y autoridad quiso acreditar D. Juan Valera al traducir bellisimamente la obra de Schack sobre la poesía de los árabes andaluces. Tratando, pues, de la elegía que Abul-Beka, poeta rondeño, compuso en tiempo de San Fernando y de D. Jaime *el Conquistador* para deplorar la pérdida de Córdoba y Sevilla, Valencia y Murcia, el Sr. Valera advierte tal semejanza entre muchos rasgos y pensamientos de esta composición y las coplas de Jorge Manrique, que en su sentir no puede ser esto mera coincidencia. Traduce, pues, la elegía de Abul-Beka en el propio metro manriqueño, para hacer resaltar más la semejanza, y resueltamente afirma que «Jorge Manrique hubo de conocer los versos del poeta arábigo».

La coincidencia es realmente pasmosa, sobre todo si se lee la elegía de Abul-Beka en los hermosos versos en que la interpreta el Sr. Valera; porque en otras traducciones en prosa más literal (1), la semejanza parece más remota. Hay que descontar, por supuesto, lo mucho que contribuye á la ilusión el empleo de un mismo metro, y la opinión previa del traductor, que, sin querer, se ha visto impulsado á acentuar aquellos pasos en que las dos elegías se parecen más.

Cuanto sube hasta la cima  
Desciende pronto abatido  
Al profundo.  
¡Ay de aquel que en algo estima  
El bien caducó y mentido  
De este mundo!

(1) En prosa francesa por Mr. Grangeret de la Grange en 1828, y en prosa castellana por D. León Carbonero y Sol, cate-drático que fué de Árabe en la Universidad de Sevilla; y aun en los mismos versos alemanes de Schack.

En todo terreno ser  
Sólo permanece y dura  
El mudar.  
Lo que hoy es dicha ó placer  
Será mañana amargura  
Y pesar.

Es la vida transitoria  
Un caminar sin reposo  
Al olvido;

Plazo breve á toda gloria  
Tiene el tiempo presuroso  
Concedido.

¿Con sus cortes tan lucidas  
Del Yemen los claros reyes  
Dónde están?

¿En dónde los Sasanidas,  
Que dieron tan sabias leyes  
Al Irán?

¿Los tesoros hacinados  
Por Karún el orgulloso  
Dónde han ido?

¿De Ad y Temud afamados  
El imperio poderoso  
Dó se ha hundido?

.....  
Y los imperios pasaron  
Cual una imagen ligera  
En el sueño;

De Cosroes se allanaron  
Los alcázares, do era  
De Asia dueño.

Desdeñado y sin corona  
Cayó el soberbio Darío  
Muerto en tierra.

¿A quién la muerte perdona?  
¿Del tiempo el andar impío  
Qué no aterra?...

El resto de esta elegía, como inspirada por muy diverso motivo que las *Coplas*, difiere bastante; pero todavía se repite el movimiento interrogativo, que es tan característico de Jorge Manrique:

¿Qué es de Valencia y sus puertos?  
¿Y Murcia y Játiva hermosas,  
Y Jaén?

A pesar de lo deslumbradora que puede parecer esta confrontación, creemos firmemente que se trata

de una semejanza casual. El hecho de la imitación de una poesía arábiga artística por un poeta castellano de fin del siglo XV, es en sí mismo tan inverosímil, contradice de tal suerte todo lo que sabemos del desarrollo de nuestra lírica, que sólo podría admitirse en el caso de suponer que sólo en la elegía de Abul-Beka pudo encontrar Jorge Manrique los pensamientos y formas de expresión en que uno y otro poeta coinciden. Pues bien; puede demostrarse matemáticamente que no hay en toda la composición de Jorge Manrique idea, sentencia, imagen ó giro que no procedan de las fuentes más naturales de su inspiración, de los libros que todo el mundo leía en el siglo XV, de la Escritura, de los Santos Padres, de los moralistas y poetas clásicos, y de los trovadores castellanos, entre los cuales el que más inmediatamente sirvió de modelo á Jorge Manrique fué su propio tío D. Gómez. No necesitó, por consiguiente, buscar fuera de su casa lo que dentro de ella tenía en tanta abundancia.

Y comenzando por las reminiscencias de la Biblia (sin pretender apurarlas), no hay duda que un versículo del *Eclesiastes* (VII, 11): «*Ne dicas: quid putas causae est quod et priora tempora meliora fuere quam nunc sunt?*» es el origen de aquellos sabidos versos:

... Cómo á nuestro parecer,  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

De Isaías (XLIII, 18) procede este otro pensamiento:

No curemos de saber  
Lo de aquel siglo pasado  
Que fué dello.

«*Ne meminertis priorum et antiqua ne intueamini.*»  
La famosa interrogación, sobre la cual volveremos luego, está ya en Baruch (III, 16-20) (1).

(1) «*Ubi sunt principes gentium, et qui dominantur super bes-*

Nuestro poeta no sólo aparece versado en la lección de las Sagradas Escrituras, sino también en la de los Santos Padres, aún de algunos muy poco cursados, á lo menos en nuestros tiempos. Cuando escribía, por ejemplo:

Si fuese en nuestro poder  
Tornar la cara hermosa  
Corporal,  
Como podemos hacer  
El ánima gloriosa,  
Angelical,  
¿Qué diligencia tan viva  
Tuviéramos cada hora  
Y tan presta?...

tenía á la vista, sin género de duda, este lugar de un cierto tratado *de vita contemplativa* atribuido á San Próspero de Aquitania: «*Quanta ope ad ea quae ad corporis speciem spectant et ad molestias deformitatemque tollendas totis visibus anhelaremus si ad votum cuncta succederent?... At vero si libera esset potestas: quae in omnibus cura? quae solertia et industria? qui tam in rebus ornandis et componendis iniquus esset labor?*»

Pero el libro de filosofía moral que Jorge Manrique parece haber leído con más ahinco, y el que dejó más huella en sus versos, es uno que ya hemos encontrado en la biblioteca de su tío Gómez Manrique, y que no faltaba en ninguna de las de la Edad Media, existiendo ya, antes de fines del siglo XV tres traducciones castellanas y una catalana por lo menos: el «Boecio Severino *De Consolatione Philosophiae*», el libro de las visiones alegóricas con que *el último romano* poblaba las soledades de su cárcel de Pavia, en tiempo del rey

*tias quae sunt super terram, qui in avibus coeli ludunt, qui argentum thesaurizant et aurum in quo confidunt homines, et non est finis acquisitionis eorum? Qui argentum fabricant et solliciti sunt, nec est inventio operum illorum?*

«*Exterminati sunt, et ad inferos descenderunt, et alii locorum surrexerunt.*

estrogodo Teodorico. Esta obra, y especialmente los metros ó poesías intercalados en ella, que son el último eco de la lírica horaciana, y el principal, aunque indirecto camino por donde su noticia se transmitió á los tiempos medios, parecen haber sido objeto de la constante y asidua meditación de nuestro poeta. Hay en las *Coplas* algunos pensamientos de los más comunes en las odas morales de Horacio, pero no creo que vengan de allí directamente, sino á través de la imitación de Boecio. Por ejemplo, el *allegados son iguales...* no procede del *Pallida mors*, ni del *Omnes una manet mors: et calcanda semel via letho*, sino del metro 7.º, libro II de Boecio, donde también se encuentra la interrogación famosa.

Mors spernit altam gloriam:  
Involvit humile pariter et celsum caput,  
Equatque summis infima.  
Ubi nunc fidelis ossa Fabricii manent?  
Quid Brutus aut rigidus Cato? (1).

Y aun dejando aparte estos precedentes latinos, tiene Jorge Manrique dentro de la propia literatura castellana de los siglos XIV y XV una serie de precursores que se van eslabonando con tal rigor hasta en los detalles, que es imposible considerar la famosa elegía como un producto maravilloso y fortuito, ni mu-

(1) Pueden añadirse otras muchas reminiscencias de Boecio más ó menos importantes:

«*Haec nostra vis es: hunc continuum ludem ludimus, rotam volubili orbe versamus*». (Libro II, prosa II.)

Que bienes son de fortuna  
Que se vuelven con su rueda  
*Presurosa.*

«*Defunctumque leves non comitantur opes.*»

(Libro III, metro 3.º)

Pero digo que acompañen  
Y lleguen hasta el sepulcro  
Con su dueño.

cho menos como derivación solitaria de un arte lírico que no tuvo con el nuestro ningún género de contacto; sino como la última y más perfecta forma de una tradición literaria antiquísima, que venía repitiendo á través de los siglos uno de los tópicos predilectos de la oratoria sagrada. Cuando el Canciller Ayala, al fin de su *Rimado de Palacio* recopila y glosa algunas sentencias de los *Morales* de San Gregorio Magno sobre Job, no olvida esta consideración de la vanidad de la existencia mundana y exclama con verdadera elocuencia:

¿Dó están las heredades et las grandes posadas,  
Las villas et castillos, las torres almenadas,  
Las cabañas de ovejas, las vacas muchiguadas,  
Los caballos soberbios de las sillas doradas?  
¿Dó los nobles vestidos de paño honrado?  
¿Dó las copas et vasos de metal muy presciado?...

Este mismo lugar común es muy frecuente en los poetas del Cancionero de Baena. Un Fr. Migir, de la orden de San Jerónimo, capellán del obispo de Segovia D. Juan de Tordesillas, en el *dezir* que compuso á la muerte de Enrique III, pregunta, después de hacer larga enumeración de personajes históricos y fabulosos:

E de sus imperios, riquezas, poderes,  
Reinados, conquistas é cavallerías,  
Sus vicios é onrras é otros plazerés,  
Sus fechos, fazañas é sus osadías,  
¿A dó los saberes é sus maestrías?  
¿A dó sus palacios, á dó su cimento?

Con inspiración mucho más valiente repite los mismos acentos lúgubres Fernán Sánchez Talavera, deplorando la muerte de Rui Díaz de Mendoza, hijo del mayordomo Juan Furtado:

Pues ¿dó los imperios, é dó los poderes,  
Reynos, rrentas é los señoríos,  
A dó los orgullos, las famas é bríos,  
A dó las empresas, á dó los traerés?

¿A dó las sciencias, á dó los saberes,  
 A dó los maestros de la poetría?  
 ¿A dó los rrymares de grant maestría,  
 A dó los cantares, á dó los tañeres?  
 ¿A dó los thesoros, vasallos, servientes,  
 A dó los fymalles, las piedras preciosas,  
 A dó el aljófar, possadas costosas,  
 A dó el algalia e aguas oientes,  
 A dó pannos de oro, cadenas lusientes,  
 A dó los collares, las jarreteras,  
 A dó pennas grises, á dó pennas veras,  
 A dó las sonajas que van retinientes?  
 ¿A dó los convites, cenas é ayantares,  
 A dó las justas, á dó los torneos,  
 A dó nuevos trajes, extraños meneos,  
 A dó las artes de los danzadores,  
 A dó los comerés, á dó los manjares,  
 A dó la franquesa, á dó el espenđer,  
 A dó los rrysos, á dó el plaser,  
 A dó menestriles, á dó los juglares?

Ideas y giros análogos sobre la caducidad de las grandezas humanas se encuentran en la *Pregunta de Nobles* del Marqués de Santillana á D. Enrique de Villena, y también en su bello diálogo estoico de *Bias contra fortuna*:

¿Essas edefficaciones,  
 Ricos templos, torres, muros,  
 Serán ó fueron seguros  
 De las tus persecuciones?  
 .....  
 ¿Qué es de Ninive, Fortuna?  
 ¿Qué es de Thébas?... ¿qué es de Athenas?  
 ¿De sus murallas é almenas,  
 Que non parece ninguna?...  
 ¿Qué es de Tyro é de Sidón  
 E Babilonia?  
 ¿Qué fué de Lacedemonia?  
 Cá si fueron, ya non son.  
 .....

Pero de todos los poetas del siglo xv, ninguno debía de ser tan familiar á Jorge Manrique como su propio tío; y á ninguno, en efecto, imitó más de cerca en pensamientos y estilo. Los *Consejos* á Diego Arias de

Avila, composición de pobre argumento, pero de tan brillante ejecución, que eleva y dignifica lo que en ella pudiera parecer nacido de vulgar despecho contra el Contador que habia rasgado la libranza enviada por el poeta, parece escrita con la misma pluma que habia de servir á D. Jorge para trazar el inmortal epitafio del Conde de Paredes. Tal es el aire de familia que tienen, hasta en las comparaciones y en el metro. Oigamos á D. Gómez:

Que vicios, bienes, honores  
 Que procuras,  
 Pásanse como frescuras  
 De las flores.

En esta mar alterada  
 Por dó todos navegamos,  
 Los deportes que pasamos,  
 Si bien lo consideramos,  
 No duran más que rociada.  
 ¡Oh, pues, tú, hombre mortal,  
 Mira, mira,  
 La rueda cuán presto gira  
 Mundana!

Si desto quieres enxiemplos,  
 Mira la grand Babilonia,  
 Tebas y Lacedemonia,  
 El gran pueblo de Sidonia,  
 Cuyas murallas y templos,  
 Son en grandes valladares  
 Transformados,  
 E sus triunfos tornados  
 En solares.

Pues sy pasas las ystorias  
 De los varones romanos,  
 De los griegos y trojanos,  
 De los godos y persianos,  
 Dinos de grandes memorias,  
 No fallarás al presente  
 Syno flama transitoria  
 De aguardiente.

Si quieres que más acerca  
 Fable de nuestras regiones,  
 Mira las persecuciones  
 Que firieron á montones  
 En la su hermosa cerca;  
 En la qual aun fallarás

Grandes mellas:  
¡Quiera Dios, cerrando aquéllas,  
No dar más!

Que tú mismo viste muchos  
En estos tiempos pasados,  
De grandísimos estados  
Fácilmente derrocados  
Con pequeños aguaduchos;  
Que el ventoso poderío  
Temporal  
Es un muy feble metal  
De vedrío.

.....  
De los que vas por las calles  
En torno todo cercado,  
Con cirimonias tratado,  
No serás más aguardado  
De quanto tengas que dalles:  
Que los que por intereses  
Te siguían,  
En pronto te dexarían  
Si cayeses.

Bien así como dexaron  
Al pujante Condestable...

.....  
Que todas son emprestadas  
Estas cosas,  
E no duran más que rosas  
Con heladas.

.....  
Pues tú no pongas amor  
Con las personas mortales,  
Nin con bienes temporales,  
Que más presto que rosales  
Pierden la fresca verdor;  
E non son sus crecimientos  
Sino juego,  
Menos turable que fuego  
De sarmientos... (1)

(1) Análogos similares usa el mismo Gómez Manrique en la continuación que hizo de las *Coplas* de Juan de Mena sobre los pecados mortales:

Aunque las glorias mundanas,  
Fablando verdad contigo,  
Más presto pasan, amigo,

Conocidos estos precedentes, cuya enumeración podría ampliarse á poca costa, no faltará quien pregunte

*Que flores de las mañanas.*  
.....  
Que el deporte que más dura  
En esta vida mezquina  
*S: podrece tan ayna*  
*Como manzana madura.*

Y de la vida dice:

La qual pasa como sueño,  
E como sombra fallece...

El origen primero de todas estas comparaciones ha de buscarse en la Biblia, y especialmente en el libro de Job y en los libros sapienciales, en los profetas y en los salmos: *Transierunt omnia illa tanquam umbra. Fugit velut umbra et nunquam in eodem statu permanet. Omnis gloria ejus quasi flos agri. Quoniam tamquam foenum velociter arescit, et quemadmodum olera herbarum cito decident. Laedetur quasi vinea in primo flore botrus ejus.*

Me he limitado con toda intención á citar aquellos textos que segura ó verosimilmente hubo de conocer Jorge Manrique. Por lo demás, en las poesías latinas de la Edad Media es muy frecuente un movimiento interrogativo análogo al de las *Coplas*.

Ubi nunc imago rerum?  
Ubi sunt opes potentum?

decía ya Tiro Próspero, poeta del siglo v.

En un cántico sobre la muerte, publicado por Rambach en su *Christliche Anthologie* se hace la pregunta en esta forma:

Ubi Plato, ubi Porphyrius?  
Ubi Tullius aut Virgilius?  
Ubi Thales? Ubi Empedocles  
Aut egregius Aristoteles?  
Alexander ubi rex maximus?  
Ubi Hector Trojae fortissimus?  
Ubi David, rex doctissimus?  
Ubi Salomon prudentissimus?  
Ubi Helena Parisque roseus?  
Ceciderunt in profundum ut lapides.  
Quis scit, an detur eis requies?

El mismo pensamiento y la misma forma domina en dos poemas *De comptentu mundi*: el uno, en ritmo dactílico, ha sido atribuido á San Bernardo, pero más bien parece ser de Bernar-

en qué consiste la originalidad de Jorge Manrique, puesto que no hay en su elegía cosa alguna que no

do de Morley; el otro ha sido publicado por Wright entre los versos latinos que comúnmente llevan el nombre de Gualtero Mapes:

- a) Est ubi gloria nunc, Babilonia? Sunt ubi dirus  
Nabuchodonozor et Darii vigor. illeque Cyrus?  
Nunc ubi cura, pompaque Julia? Caesar, obisti,  
Te truculentior, orbe potentior ipse fuisti.  
Nunc ubi Marius atque Fabricius inscius auri?  
Mors ubi nobilis et memorabilis actio Pori?  
Diva philippica, vox ubi coelica nunc Ciceronis?  
Pax ubi civibus atque rebellibus ira Catonis?  
Nunc ubi Regulus, aut ubi Romulus, aut ubi Remus?  
Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus.
- b) Dic ubi Salomon olim tan nobilis;  
Vel Samson ubi est dux invincibilis,  
Vel pulcher Absalon vultu mirabilis;  
Vel dulcis Jonathas multum amabilis?  
Quo Caesar abit, celsus imperio?  
.....  
Dic ubi Tullius, clarus eloquio  
Vel Aristoteles summus ingenio.

Vid. para estas comparaciones Du Ménil, *Poésies populaires latines du Moyen Age* (Paris, 1847), pág. 126, y F. Clément *Carmina à Poetis Christianis excerpta* (Paris, 1854), pág. 67.

Ticknor (edición de 1863) recuerda al mismo propósito unos versos ingleses sobre Eduardo IV, atribuidos á Skelton, y que se hallan en el *Espejo para magistrados*. Se supone que habla el rey mismo desde su túmulo:

Where is now my conquest and victory?  
Where is my riches and royal array?  
Where be my coursers and my horses hye?  
Where is my myrth, my solace, and my play?

Pero en las literaturas extranjerías la forma más bella y más célebre de esta interrogación es la balada de Villon *Des dames du temps jadis*, cuyo encanto mayor consiste en el estribillo verdaderamente poético é inspirado:

Mais où sont les neiges d'antan?

Si creyéramos en la autenticidad de los versos aztecas del rey de Tezcucó, Netzahualcoyotl, que, según dicen, floreció en el siglo xv de nuestra era, tendríamos repetido este tema hasta en la poesía indígena de América; pero los tales versos tienen toda la traza de haber sido inventados en el siglo xvi ó en

hubiera sido dicha antes de él. Este es cabalmente el misterio ó el prestigio de la forma: expresar el poeta como nadie, lo que ha pensado y sentido todo el mundo. Por todo el cauce de la Edad Media venía rodando un inagotable lugar común sobre la muerte. A todas horas resonaba en los púlpitos; era repetido en prosa y en verso, en latín y en lengua vulgar; recibía forma casi dramática en las *danzas de la muerte* y forma gráfica en los frescos del cementerio de Pisa; asediaba la imaginación de todos y era el tema perpetuo de todas las meditaciones. Se comparaba sin cesar la vida humana con el sueño, con la sombra, con la flor que se marchita apenas nacida, con el leve rastro que deja la nave en el mar, con la fugitiva corriente de los ríos que van á morir en el Océano. Se hacía desfilar interminables procesiones de reyes, príncipes y emperadores, de héroes y sabios, de personajes de la Sa-

el xvii por algún ingenioso misionero ó algún neófito de noble estirpe indiana, conocedor de la poesía española. Dicen así los que más importan á nuestro objeto, en la traducción ó imitación de D. Joaquín Pesado:

¿Dónde están los clarísimos varones  
Que extendieron su inmenso señorío  
Por la vasta extensión de este hemisferio  
Con leyes justas y sagrado imperio?  
¿Dónde yace el guerrero poderoso  
Que los Tultecas gobernó el primero?  
¿Dónde *Necax*, adorador piadoso  
De las deidades, con amor sincero?  
¿Dónde la reina *Xiul*, bella y amada?  
¿Do el postrer rey de Tula desdichada?  
Nada bajo los cielos hay estable.  
¿En qué sitio los restos se reservan  
De *Xolotl*, tronco nuestro venerable?  
¿Do los de tantos reyes se conservan?  
De mi padre la frígida ceniza,  
¿Qué lugar la distingue y eterniza?

Y por este camino sigue moralizando el supuesto poeta azteca sobre la muerte y la inconstancia de la dicha humana, en un tono muy semejante al de las coplas manriqueñas, las cuales probablemente conocía el que inventó los versos.